

## ACADEMIA DE LA LENGUA

Esta mañana el señor Grisolia, con su mejor voluntad, animaba al PP y al PSOE, desde una emisora de radio, a buscar el consenso y pedía que no rompieran las negociaciones para el nombramiento de los miembros de la Academia Valenciana de la Lengua. Pero desgraciadamente la lengua se ha convertido en un asunto visceral, y lo visceral nunca atiende al sentido común.

Polemizar sobre la lengua en terrenos políticos, puede ser eterno: las discusiones, animadas por las bases, se enconan cada día más, se insultan, se pierden las formas, se hacen peregrinas declaraciones, y aunque digan que en la famosa Ley se garantiza el carácter “apolítico” de la AVL, no se lo creen ni ellos, pues como decía don Alejandro Lerroux “ Los políticos no pueden parir nada ajeno a la política”.

Desde que la lengua tomó carta de naturaleza política, se jorobó el invento, porque ¿quienes son los políticos para poner sus manos sobre la lengua? ¿Se imaginan al señor Alvarez Cascos y al señor Almunia en la Docta Casa queriendo dictar las normas de un nuevo diccionario a los señores académicos? Seguro que los echaban a patadas. Y, de verdad, ¿creen ustedes que a la mayoría de los ciudadanos les interesan los asuntos de la lengua?

Cuando una lengua como la castellana, tutelada por la Real Academia y hablada por más de 300 millones de personas, se degenera, día a día, sin que nadie mueva un dedo -excepto el señor Lázaro Carreter- para prohibir barbaridades neologistas como: *Problemática. Coaligarse. Alcaldable. Autosuicidio. Reconducir. Ilegalizar. Peatonal. Reconvertir. Posicionarse. Contactar. Consensuar. Remodelar...* palabras que todos los días aparecen en periódicos y emisoras de radio, ¿a quién le vá a importar que digan: Después o Desprès. Mosatros o nosaltres. Entonses o Aleshores. Pues o Doncs. Tortilla o Truita...

Que nadie espere que incluso con el consenso de los dos partidos políticos mayoritarios se imponga una u otra tendencia. Esa cosa viva que es la lengua nadie la vá a poder imponer por decreto. La parla cotidiana, la prensa, los libros irán poco a poco haciendo la lengua. Es cuestión de paciencia. La lengua será lo que el pueblo quiera.

Dejese a los filólogos que discutan en sus universidades y facultades, que se pongan de acuerdo, que trabajen por unificar la lengua, por pulirla, limpiarla y darle esplendor. Y cuando alcancen un acuerdo -si lo alcanzan- que funden una Academia para impartir las normativas correspondientes.

José Miguel Borja.